Seix Barral

Cristina Peri Rossi

Juego de espejos



Seix Barral Biblioteca Breve

Cristina Peri Rossi
Juego de espejos

© Cristina Peri Rossi, 2026
© Editorial Planeta S.A., 2026
Ejido 1275 oficina 408, Montevideo - Uruguay
© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2026
ISBN: 978-84-322-5155-9
Depósito legal: B. 14.030-2026
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Entramos al gran sex shop de la calle Numancia como a una inmensa juguetería de dos plantas. En la inferior, un gran surtido de penes con formas agresivas (príapos con simulados pinchos, púas o dientes), o cómicas (penes con cabeza de Mickey Mouse, el Pato Donald, Superman, Tío Chicho, E. T., El Gran Wyoming), o de animales (delfines, ositos, simios, leones, tigres); penes de gran tamaño, que inspiran aprensión y miedo; penes que son el sueño delirante de hombres bajitos o de miembro pequeño, como los antiguos habitantes de África representaban a sus divinidades masculinas: con penes inmensos elevados hacia el cielo. El sueño del priapismo presente en todas las culturas, ahora, en las ciudades contemporáneas, no ya bajo el aspecto de dioses de miembro gigantesco, sino en forma de obeliscos, columnas, puentes, postes. El Gran Falo, el sueño todopoderoso y omnipotente de los hombres, no de las mujeres como tú y yo. Mis ojos resbalan por esa gran cantidad de penes de todos colores (penes color ciruela, fresa, amarillo, verde; rojos como la sangre, o rosados, como los pezones; penes desmesurados, de látex o de silicona. Penes, penes) como por un gran bosque de baobabs. Voy mirando distraídamente, buscando algo excitante, sin conseguirlo. Andrea no ha estado nunca en un sex shop y yo he hecho, otra vez, de guía, como Virgilio de Dante. No son los círculos del infierno, Andrea, solo son los círculos del sexo comercial, del sexo triste, del sexo lúdico, del sexo banalizado. Observo la timidez de Andrea con ternura. Quizás teme que yo descubra alguna de sus fantasías, o se imagina que visitar un sex shop grande como una juguetería de dos plantas tiene algo de pecaminoso, de prohibido.

El primer sex shop, como la primera visita al prostíbulo, o la primera película porno. Me separo levemente de ella, para dejarla mirar sin que se sienta observada.

Ahora estoy en la sección de ropa íntima. Corsés de cuero negro con anillas de metal, altas botas de charol, también negras, con tacos puntiagudos, finos y muy altos. Uniforme de doncella, la blusa negra con dos grandes aberturas por donde lucir los senos voluptuosos. Uniforme de la SS: chaqueta y pantalón rectos, grises, cinturón de cuero, gorra militar con el águila nazi. Busco una máscara. Me gustaría encontrar una máscara negra, que me cubriera el rostro completamente, como los boyardos de Eisenstein, y con esa máscara solo abierta por los ojos y la nariz (la boca cerrada con una cremallera) hacerte el amor, Andrea, tú con los ojos cerrados, yo, sin rostro, el desconocido, la desconocida, solo con las manos, con las caricias, con los dedos como teclas, tu cuerpo un piano, tu cuerpo una tela, tu cuerpo el dibujo que harían mis labios al recorrerte. Tú cierras los ojos cuando hacemos el amor. Cuando te hago el amor. Cierras los ojos, te hundes en ti misma, incapaz de salir, incapaz de hacerme el don de tu mirada, de establecer el puente, el nexo, el cordón umbilical. Cierras los ojos, dices, para sentir mejor. Yo, en cambio, siento mucho más si te miro cuando me haces el amor; jamás he cerrado los ojos, siempre me he buscado, te he buscado, como para juntarnos también con la mirada. Pero tú buscas el orgasmo que te hago como si el orgasmo estuviera escondido en una cueva que trabajan mis manos mi lengua mis dedos mis caricias mis besos mis labios, como si el orgasmo fuera una piedra dura escondida en el interior de las entrañas. Yo, en cambio, soy una mujer fácil. Te sorprendió el juego de palabras la primera vez que te lo dije. Solo conocías la acepción vulgar de la frase. Soy una mujer fácil porque basta con que me mires, basta con que me roces con una suave caricia para que yo me sienta excitada, mi orgasmo vaya en tu busca, los labios de mi sexo se mojen y los estremecimientos —silenciosos: además de fácil, soy una mujer que no grita, que no gime— me sacudan, es el premio

que te doy, me concedo, me concedo a ti. Hay en mi manera de recibir tu amor algo sacramental, en mi manera de darme a ti, algo religioso que jamás entenderías ni soñarías y quizás ni siquiera podrías experimentar. «¿Religioso?», dirías, y estarías dispuesta a escuchar una exposición sobre el tantrismo, sobre los ritos sexuales orientales —de la clase alta— que procuran a través de la carne alcanzar la trascendencia. Escucharías la exposición con interés, curiosa, sin saber que eso se siente o no se siente, que el sentir no está en los libros ni en las imágenes del tantrismo, está en el interior, es una experiencia espiritual más que sexual. Pero no encuentro la máscara y recorro con la mirada las estanterías, los maniquíes con ropa excitante: las medias negras caladas, las bragas de cuero lustroso con un agujero en el triángulo del pubis, por donde meter el pene o la punta de la lengua. Tanta exhibición de artilugios para provocar deseo resulta intimidante: en lugar de excitar, abruma.

Ahora, Andrea está en la sección de películas. Clasificadas por temas: heterosexuales, SM, gays, lesbianas, transexuales; pienso que lo único verdaderamente prohibido son las pelis pedófilas, pero quizás, si le insinuara algo al único empleado, detrás del mostrador, posiblemente, me ofrecería material de esa clase: fotos o pelis de niños y niñas, de bebés obscenamente lamidos, tocados, acariciados por adultos. La pedofilia es lo único prohibido todavía, hacia allí se dirigirá el deseo, que se intensifica con el obstáculo, que ama la excepción.

Me acerco suavemente a Andrea. Tengo ganas de abrazarla, de besarla. Soy tu Virgilio en la selva del erotismo, de la pornografía, del sexo comprado y vendido como un artículo de consumo más. No estamos en el infierno, Andrea, ni siquiera en el purgatorio. Es solo una juguetería para adultos, para niños grandes, para niñas con falta de imaginación que compran preservativos con sabor a naranja o a menta, para solitarios o para parejas aburridas. A esta hora —es mediodía— el sex shop está vacío. «¿Es un buen negocio un sex shop?», me pregunta Andrea, mientras recorre el listado de películas porno con nombres escabrosos: *La polla más grande del corral; Lulú, el*

chocho caliente; Violación múltiple; Las tetas más sabrosas de la granja; Soldados y muñecas. «Creo que no», le digo. No creo que un sex shop sea un buen negocio.

Y de pronto, me descubro pensando cuántos penes pueden venderse en un día, cuántos hombres solitarios compran fichas para las cabinas de *peep show,* cuántos masturbadores eligen un par de pelis porno para el sábado a la noche. No lo sé. Solo sé que la mayoría de los hombres siguen prefiriendo la prostitución, y los entiendo. El porno es para *voyeurs.* Mirar los excita, pero tocar, ser tocado, lamer, ser lamida siempre será más intenso.

Sorpresivamente, aparece un cliente en la segunda planta, donde estamos consultando el catálogo de revistas extranjeras. Es un hombre de unos cuarenta años, estatura media, ni gordo ni flaco, lleva gafas y una bufanda alrededor del cuello. Parece algo tímido y solitario. Mira una estantería llena de películas porno. Y de pronto, reconoce a Andrea. Yo me sorprendo. ¿De qué se conocen? ¿Dónde se han visto antes? Andrea conversa unas palabras con él. Parecen algo turbados los dos, la conversación es en voz baja y entrecortada. Mi imaginación, desbocada, comienza a perseguirme con imágenes sucesivas, como en una película: Andrea follando con este tipo ni gordo ni flaco, de estatura media y gafas. Andrea abierta, en cuatro patas, y el sexo del hombre penetrándola por detrás. El hombre tomándola de un seno, para penetrarla mejor. Ahora, una nalga. Penetrándola una y otra vez. Estoy a punto de lanzar un grito cuando Andrea, nerviosa, se aproxima a mí. El individuo se ha alejado.

—Era mi antiguo profesor de Filosofía —dice.

Yo respiro, aliviada. No sé si creerle o no, pero en todo caso, el individuo se ha ido.

—¿Qué hace tu antiguo profesor de Filosofía en un sex shop? —le pregunto, desconfiada.

—No se lo he preguntado —dice Andrea— porque me puse muy nerviosa. Pero te reconoció.

—¿Cómo me reconoció? —pregunto.

—Sabe quién eres —dice y, súbitamente, me tranquilizo. Que el tipo ese sepa quién soy de pronto hace desaparecer mis celos. Como si mi identidad fuera la garantía de la verdad que me ha dicho Andrea.

—Qué raro —dice—. ¡Encontrarse en un sex shop después de haber sido mi profesor de Filosofía!

Intento hacer un comentario que no revele el ataque de celos que he padecido.

—Seguramente es un masturbador solitario buscando una película para el sábado a la noche —digo.

—Creo que iba hacia una de las cabinas, pero se detuvo al vernos.

Pienso en el individuo, masturbándose al mediodía en una cabina de *peep show* luego de haber impartido una clase de Filosofía en la universidad. Triste destino: ¿no es capaz de ligarse a una de esas alumnas hermosas y en plenitud de hormonas como Andrea? ¿No ha sido capaz de ligarse a Andrea siendo su profesor?

Y mi orgullo se erige, como un falo en alto: yo he ligado a Andrea porque soy su escritora favorita, y más guapa que ese macho solitario, triste y apocado.